

<https://doi.org/10.53971/2718.658x.v15.n24.43444>

Acoger lo indecible

Salas Guerra, M. (2023). *Sobrellevar la porción de noche* (123 pp.). Buenos Aires: Abisinia.

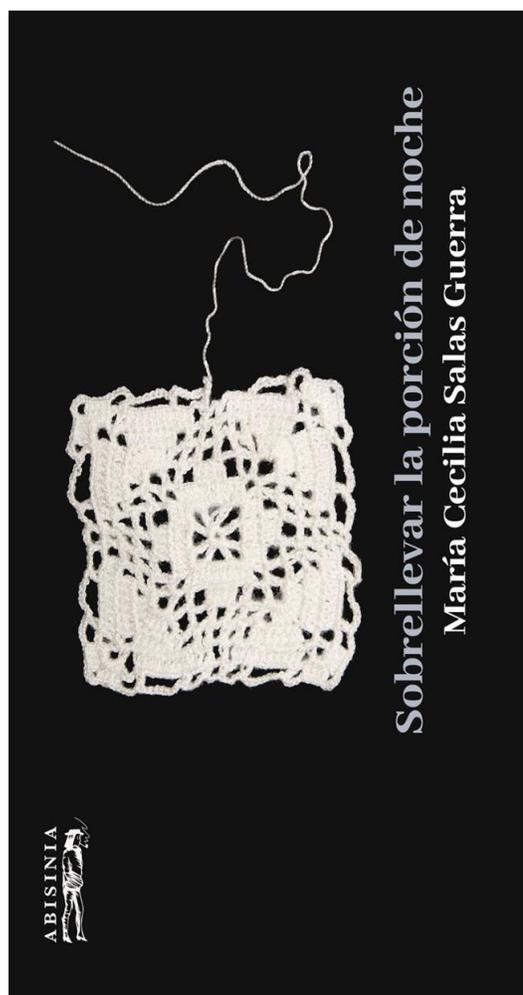
Carolina Villada Castro

Universidad de Antioquia, Colombia.

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2302-6460>

carolina.villadacastro@gmail.com

Recibido 22/09/2023



Obra bajo Licencia Creative Commons 4.0 Internacional

En esta obra narrativa próxima a la prosa poética, se hibridan la narración, el ensayo y la escritura fragmentaria. Su narradora anónima nos dibuja un retrato familiar también anónimo a partir de sus grietas, de sus fisuras y sus resquebrajamiento mientras usa el estilo libre indirecto. En el flujo narrativo poco a poco se dejan oír multiplicidad de voces que dan cuenta del carácter dialógico y polifónico del continuo monólogo interior, así como del plurilingüismo literario de la exuberante gama de registros que van desde el habla popular colombiana hasta la reverberación de las voces de poetas y filósofos que acompañan las meditaciones y desconciertos de su singular narradora. Precisamente, su título nos recuerda el poema de Emily Dickinson “En mi flor me he escondido”:

Sobrellevar nuestra porción de noche
o nuestra parte de mañana,
llenar nuestro vacío de alegría,
llenarlo de desdén.
Aquí una estrella, allá una estrella.
Algunas pierden el camino.
Aquí una bruma, allá una bruma.
Después, ¡el día! (Dickinson, 2019, p. 20)¹

De este modo accedemos al umbral de este relato que nos sumergirá en la condición humana desde sus fragilidades, sus absurdos, así como en la fascinación por aquello que nos excede e interpela. La trama se desenvuelve entonces en tres partes que nos van desplegando las distintas variaciones de la noche: “Desconciertos”, “Des-encuentros” y “Una materia frágil”.

En la primera parte, “Desconciertos”, la primera variación de la noche se sitúa en el espacio-tiempo enrarecido de la pandemia. La narradora esboza entonces el asedio de la contingencia de la que obstinadamente intentamos huir siempre en vano, mientras se toma nuestra cotidianidad, la cual se va trastocando poco a poco en hastío por el exceso aturdidor de información de los medios de comunicación masivos que redundan en el encierro impuesto y en la vida espectral en la que se comienza a deambular.

Este rumor vacío del pánico generalizado ocasiona el miedo y la angustia en los que los personajes se repliegan silenciosamente como intentando evadirse de la incertidumbre, más aún, de la fragilidad humana que fulgura, así en “Lentitud” afirma la narradora: “en la espera el ser humano se asoma, de modo apacible o con desesperación, al fondo incierto donde se mece su propia vulnerabilidad” (Salas, 2023, p. 64).

Contrastan entonces las presencias silenciosas de los “no humanos” que acompañan, distraen, liberan, invocan y vinculan a los ausentes. Así, en un fragmento de “Rosas amarillas” se dice:

hoy en la tarde ha visto despuntar en el jardín una rosa amarilla, es una especie minúscula, que conserva ese color solamente un par de días, luego, mientras acaba de abrir, se hace fucsia, hasta que caen uno a uno los diminutos pétalos. Observa conmovida la pequeña rosa que invoca el nombre de la mujer que ha fallecido hoy. Así que la diminuta rosa entona un canto silencioso y retribuye el gesto. Su



Obra bajo Licencia Creative Commons 4.0 Internacional

color y sus formas aparecieron hoy para celebrar y agradecer la vida de aquella mujer. “vacío, aliento, vacío” ¿qué otra cosa es la vida”. (Salas, 2023, p. 62)

En la segunda parte, “Des-encuentros”, la variación de la noche se bosqueja esta vez a través del recuerdo y relato de las grietas y fisuras que bordean los trazos del retrato familiar. El absurdo a la base de las relaciones familiares yace entre las hendiduras más profundas del antiguo y actual retrato en el que poco a poco se perfilan cada vez más nítidamente los rasgos del déspota, el padre, y de la déspota, la abuela paterna, herederos comunes de esa ley patriarcal que como el Dios del Antiguo Testamento sin nombre ni rostro apenas ordena mientras sostiene el continuo malestar que transforma los encuentros familiares en desencuentros cotidianos banalizados o silenciados para sostener estas extrañas relaciones. Así en “Palabras del miedo” se retrata bien la presencia dominante del padre:

el padre ha gobernado bien los asuntos familiares en el límite de la ley, como un fonambulista sobre la cuerda floja de los propios límites y de las limitaciones del mundo. También, ha vivido aferrado a su poder, asumido como superioridad masculina, un poder de imponer su voluntad, o de segregar a los otros cuando proceden en desacuerdo con él. (Salas 103)

Sin embargo, entre las resquebrajaduras de este retrato familiar también fulguran las complicidades anónimas entre madre e hija, las solidaridades femeninas entre hermanas, las risas e ironías que comparten estos personajes anónimos que se burlan del sinsentido que los acerca y los distancia. A propósito, en “La puerta” la narradora rememora una de estas escenas de absurdidad e hilaridad:

Esta fue la primera gran *reforma* de las muchas llevadas a cabo por el padre. La recuerda con nitidez y desconcierto, y a medida que pasan los años le parece surrealista, un eslabón en la cadena de absurdos que todos han visto salir de la cabeza y de las manos del padre. (Salas, 2023, p. 88)

Esta oscilación entre la absurdidad de las relaciones familiares, la ironía y el humor, les permite a los anónimos personajes asemejarse a una compañía del teatro del absurdo que logra carcajearse de la absurdidad compartida, uno de los momentos más vitalistas de esta singular trama.

Paralelamente, esta segunda parte se cierra con un conmovedor retrato del declive del déspota, de su fragilidad, de su miedo y de su soledad en el seno de la vejez. La desmemoria lo convierte en otro para sí, esta socava su antiguo poder y control, la enfermedad revela consigo la alteridad del cuerpo que aparece en su excedencia:



Obra bajo Licencia Creative Commons 4.0 Internacional

hoy tiene miedo de la muerte, de la soledad, de lo desconocido, de su memoria que juega al gato y al ratón con él, de su estado de ánimo que oscila entre la ofuscación sin motivo alguno y el alelamiento en el que se abandona de tanto en tanto, en blanco, ausente. (Salas, 2023, p. 103)

En la tercera parte, “Una materia frágil”, se despliega la tercera variación de la noche, a la vez que arribamos al clímax de la narración. Al modo de un réquiem o adagio, el relato conlleva a su centro excéntrico: a la enfermedad y al morir de la madre. De este modo, en “Las manos” la narradora esboza el momento doloroso del morir del otro amado, aquel que las palabras intentan acoger en su misma fragilidad y en una tentativa vana de responder al duelo: “Gracias, por una vida que, secretamente, decidió apartarse de las oscuras turbulencias que la asediaban. Gracias por el silencioso coraje de vivir sin derrochar ni alardear, y para morir sin dramatizar” (Salas, 2023, p. 113). Este es precisamente uno de los momentos más líricos de la narración, allí donde la porción de noche se torna más abismal, intensa y fascinante, pues, aun allí, la fragilidad de la palabra emerge para acoger al ausente, ellas sobreviven incluso trasmutadas en silencio y música fúnebre: “la muerte crece y las palabras suenan precarias, tímidos soplos que prefieren evitar el frenesí; eligen la quietud en la que el silencio se hace oír como los copos de nieve sobre las pestañas” (Salas, 2023, p. 116).

Precisamente, esta sobrevivencia de las palabras es la que traza el bucle narrativo: la palabra del sobreviviente se dona a la ausente que otrora fuere quien diera la lengua, quien acompañara los primeros balbuceos, las primeras palabras: “esas letras son el don y la huella de la madre” (Salas, 2023, p. 120). El morir de la madre se sucede entonces con la necesidad de nombrar el dolor indecible de su ausencia, que el relato acoge con la reverberación infinita intentando asumirla poéticamente.

En la constelación de la literatura y filosofía contemporánea, *Sobrellevar la porción de noche* de María Cecilia Salas Guerra evoca la relación entre escribir, morir, sobrevivir, que poetizaran y pensarán Paul Celan, Maurice Blanchot, Jacques Derrida o, en nuestra constelación poética colombiana, María Mercedes Carranza². Finalmente, destacamos la delicada composición del libro que pone en resonancia las fotografías de los tejidos de la madre y la escritura misma, como dos modos de dibujar y errar en el vacío, en medio de la negra noche, ante lo desconocido y excedentario, ante el morir y el sobrevivir que hacen de este relato un entrañable *textus* que se teje y desteje con la fascinación y la hospitalidad con lo indecible.

Notas

¹ Dickinson, E. (2019). *En mi flor me he escondido Antología* (José Manuel Arango, Trad). Bogotá: Editorial Universidad Externado de Colombia.

² Nos referimos específicamente a obras como: Blanchot, M. (2001). *El último en hablar* (Alberto Ruiz de Samaniego, Trad.). Madrid: Editorial Tecnos; Celan, P. (2002). *Obras completas* (José Luis Reina Palazón, Trad.). Editorial Trotta; Derrida, J.(2002). *Schibboleth. Para Paul Celan* (Jorge Pérez, Trad.). Madrid: Editora Nacional; Carranza, M. (2004). *Antología*. Bogotá: Editorial Universidad Externado de Colombia.



Obra bajo Licencia Creative Commons 4.0 Internacional